

GEORGE ORWELL Y LOS ORWELLIANOS: LOS GUERREROS DEL “MUNDO LIBRE” CONTRA EL “EJE DEL MAL”

Respuesta a Pepe Gutiérrez

Albert Escusa

«Por su actitud de oposición intransigente al estalinismo, que le llevó hasta la delación de supuestos comunistas, por su comprensión del poder integrador y movilizador del nacionalismo y, finalmente, por su rechazo de los movimientos pacifistas (...) el neoconservadurismo ha premiado a Orwell con la aureola de santo fundador»¹. Gregori Luri

«El gobierno republicano [español] (...) tiene más puntos de semejanza con el fascismo que puntos de diferencia»². George Orwell

1. Introducción

Leo con sorpresa e interés una respuesta³ de Pepe Gutiérrez a un viejo artículo mío publicado hace ya varios años⁴, en el que se pretendía modestamente aportar algunos datos sobre la vida y la obra de Orwell desde una perspectiva no orwelliana. Aunque la respuesta de Pepe Gutiérrez llegue con varios años de retraso, no por ello la caracterización de Orwell y su obra deja de ser un tema de actualidad. Sorprendentemente, Pepe Gutiérrez, que ha escrito abundantemente desde una perspectiva de admiración incondicional sobre Orwell, en su respuesta a mi artículo no utiliza sus conocimientos sobre el escritor para profundizar en su vida y en su obra: lamentablemente, Pepe Gutiérrez se muestra más preocupado en el empleo de insultos y descalificaciones que en abordar el contenido real del debate, provocando que éste se traslade hacia el terreno de la superficialidad y el sentimentalismo, alejado de la necesaria objetividad científica. Es por ello que, en lugar de analizar mis argumentos y rebatirlos si los cree erróneos, se dedica a agitar el fantasma del «estalinismo», palabra simplificadora y esquemática que sirve para ocultar la ausencia de argumentos. Un ejemplo sencillo nos mostrará hasta que punto se ha pervertido el análisis político escondiendo la falta de argumentos bajo el paraguas del «estalinismo». El propio Joaquín Maurín, uno de los que representaban la «pureza revolucionaria» en la escala de valores de Pepe Gutiérrez, había sido acusado a su vez de cometer el pecado mortal de «estalinismo» por Andreu Nin:

«Maurín, que hasta ahora había guardado una actitud neutral sobre los problemas internos de la revolución rusa, se ha creído en el deber de unir su voz al coro estaliniano-burgués.» Y más adelante: «La concepción de Maurín es, en este aspecto, una trasplatación deformada de la teoría estaliniana antimarxista del socialismo en un solo país, una concepción cuyo espíritu oportunista encierra graves peligros para la causa del proletariado»⁵.

Cuatro años más tarde, el «estalinista» Maurín se unió con el «antiestalinista» Andreu Nin para formar un nuevo partido, el POUM^{**}. Y es que el empleo de términos vacíos de contenido no ayuda a esclarecer el debate: el lector, en lugar de recibir por parte de Pepe Gutiérrez argumentos alternativos a los míos, se pierde en un mar de confusiones completamente irrelevantes y en una colección de insultos injustificados. Es lamentable también que Pepe Gutiérrez utilice sus insultos hacia mí, y hacia los comunistas en general, para promocionar sutilmente su nuevo libro sobre el escritor británico.

No podemos dejar de lado el enorme simbolismo que encierra el concepto de «estalinismo», utilizado de forma sutil o abierta por los que quieren borrar la memoria histórica del militante comunista, fundamentalmente los miles y miles de anónimos y sacrificados militantes de base que formaban los grandes partidos comunistas. El objetivo es hacerles avergonzar de su pasado y de sus heroicas luchas inculcándoles la idea de que fue una lucha estéril en defensa de una idea equivocada o criminal. Pero este es un pasado escrito con las letras imborrables del heroísmo comunista —a pesar de la actitud de muchos dirigentes que escucharon los cantos de sirena de los «antiestalinistas»- ya que los comunistas fueron los que con enorme diferencia más sangre derramaron en la

¹ Luri, G.: *El neoconservadurisme americà*. Angle Editorial, Barcelona 2006, p.36.

² Orwell G.: *Carta a Ivonne Davet*, 19 de agosto de 1937. Citado por Shelden, M.: *Orwell. Biografía autorizada*. Emecé Editores, Barcelona 1993, p. 290.

³ Alvarez, P.: *Orwell, el escritor de la “Quinta Columna”*. <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=61949>

⁴ Escusa, A.: *¿Quién fue en realidad George Orwell?* www.rebellion.org/docs/6220.pdf

⁵ Nin, A.: *La revolución española 1930-1937*. Editorial Fontamara, Barcelona 1978, pp. 68 y 69.

^{**} Partido Obrero de Unificación Marxista, de carácter semitrotskista y fuertemente antisoviético.

guerra civil y en la posguerra, en la Resistencia francesa y en el maquis español, en las cámaras de tortura nazis y franquistas, en los pelotones de ejecución falangistas o en los campos de exterminio alemanes. El término «estalinismo» es el dedo acusatorio de los anticomunistas que, desde unas pretendidas posiciones de izquierdas, pretende borrar de la memoria un pasado heroico de militancia comunista y justificar los más extraños cambios de chaqueta. Pero las equivocaciones o traiciones que cometieron en España muchos de los máximos dirigentes comunistas desde el fin de la guerra hasta la llamada transición, no empaña en absoluto el inmenso sacrificio – mucho más que la que tiene en su haber cualquier otra fuerza política- que los militantes comunistas aportaron a la causa de la libertad, primero durante la guerra civil y después contra el franquismo. Así pues, esta respuesta a Pepe Gutiérrez al mismo tiempo pretende rendir un modesto homenaje a las decenas de miles de militantes anónimos –y olvidados, para vergüenza de algunos- que cayeron o sufrieron represalias en la lucha por la libertad y por una sociedad libre de explotación y opresión.

En mi anterior artículo el lector puede encontrar información sobre los vínculos de poumistas notorios como Víctor Alba y Gorkin con los agentes mediáticos de la ultraderecha tales como Federico Jiménez Losantos y con la CIA norteamericana, y su relación con la cruzada intelectual contra la República española y los comunistas. Espero contribuir con este nuevo artículo -en parte continuación del anterior- a proporcionar más datos sobre los fines políticos ocultos tras la fabricación del mito de Orwell –el escritor que se definía a sí mismo como *anarquista tory* (conservador)- así como sobre las posiciones políticas más nefastas de Orwell, desde su ambigüedad ante Hitler hasta su apoyo a una guerra atómica contra la Unión Soviética. Este fue Orwell, el escritor adorado por una cierta izquierda, cuya última y más famosa obra, *1984*, hizo exclamar a su editor Warburg que ésta aportaría «millones de votos frescos para el Partido Conservador»⁶.

2. ¿Qué pasaba en el mundo cuando Orwell se convirtió en una estrella?

Cuando finalizó la II Guerra mundial, los aliados que derrotaron a la Alemania nazi comenzaban lentamente a separarse y el anticomunismo iba camino de convertirse en la nueva religión oficial de occidente. Numerosos nazis y fascistas fueron reciclados por Estados Unidos, Gran Bretaña, el Vaticano y otros países, utilizándolos como caballo de Troya en los países ocupados por el ejército soviético, o bien como gobernantes de la “nueva” Alemania occidental. Los partidos comunistas occidentales, gracias a su heroica lucha antifascista, rompiendo los pronósticos de Orwell, se hacían grandes partidos de masas y, en el caso de Francia, fueron el partido más votado consiguiendo más de cinco millones de votos. Las voces del anticomunismo de izquierda, desde Trotski a Souvarine, tenían un auditorio raquítico entre los sectores obreros y populares. La Unión Soviética aparecía como el país que había derrotado al nazismo alemán y había liberado Europa, poniendo a las fuerzas de izquierdas, democráticas y revolucionarias en una situación inmejorable para realizar un programa de transformaciones sociales. Todo ello significaba una grave amenaza para la gran burguesía europea y los círculos más reaccionarios, que no encontraban argumentos válidos para justificar ante las masas una nueva guerra, esta vez contra la Unión Soviética.

Por otra parte, la percepción de la vida cotidiana y de los acontecimientos políticos que tenían amplios sectores sociales, estaba muy influenciada por la acción de los grandes sindicatos dirigidos por los comunistas, por la prensa comunista o progresista –se editaban millones de ejemplares- y por los intelectuales de izquierdas. Hacía falta frenar el «peligro rojo» y para ello las elites políticas y económicas occidentales emplearon una gran variedad de tácticas, que dieron lugar a la llamada guerra fría.

En el frente sindical, la CIA norteamericana decidió romper los grandes sindicatos, dirigidos por comunistas, y crear sindicatos fieles –“apolíticos” les llamaron-, cuyo mayor éxito fue la creación de Force Ouvrière en Francia, una escisión de la central sindical CGT. El papel fundamental en la ruptura lo ejerció un grupo de trotskistas colaboracionistas de Hitler que «durante la Segunda Guerra Mundial, tras la ruptura del pacto Germano-Soviético, escogieron luchar contra Stalin, alrededor de Henri Molinier, al incorporarse al ultracolaborador Movimiento Social Revolucionario (MSR), de Eugène Deloncle y Eugène Schueller»⁷.

Estos elementos fueron reclutados tras la guerra por la CIA a través de Irwing Brown y, junto con otro trotskista notorio, Pierre Lambert, formaron un pequeño partido anticomunista francés en 1953⁸. La operación sindical se repitió por todo el mundo mediante la creación de la Confederación Internacional de los Sindicatos Libres (CISL/FTUC), opuesta a la Federación Sindical Mundial impulsada por los soviéticos y los gobiernos democráticos y anticoloniales. Los cuadros dirigentes de la CISL se nutrían en algunos lugares de trotskistas así como de antiguos criminales nazis y colaboracionistas que habían huido tras el avance del ejército soviético, reciclados por la CIA y los gobiernos occidentales como “sindicalistas libres”.

⁶ Cit. por Pittock, M.: *The Hell of Nineteen Eighty-Four*. <http://www.netcharles.com/orwell/ctc/docs/hell1984.htm>

⁷ Labarique, P.: *¿AFL-CIO o AFL-CIA?* <http://www.voltairenet.org/article123396.html>

⁸ Idem.

Orwell y los ‘neocons’: trotskistas, antiguos nazis y la CIA contra el “totalitarismo”

Desde los años veinte y treinta destacados excomunistas y trotskistas colaboraron en la empresa de hacer de la URSS el mayor enemigo de la humanidad. Muchos de ellos fueron contratados directamente por el gran capital para crear un ambiente intelectual anticomunista, ambiente que seguramente influyó a Orwell para elaborar sus peores ideas políticas. El más precoz de ellos fue el trotskista Boris Souvarine, personaje aupado por la izquierda anticomunista como figura estelar del antiestalinismo. Souvarine era también fundador del Partido Comunista Francés (PCF) pero fue expulsado de sus filas en 1924. Desde entonces, al igual que otros notorios excomunistas, fue contratado por la burguesía y desarrolló una labor anticomunista y antisoviética con oscuras intenciones:

«No es, sin embargo, sobre una base de «izquierda» que se desarrollaron sus críticas contra el comunismo soviético, sino en el marco de servicios prestados a la clase patronal y pagados como tales. Souvarine es un caso típico del período que se vivió entre las dos guerras, el de los tráfugas del PCF que la gran empresa utilizó a partir del momento en que salieron de aquella organización (y a veces incluso antes de su salida oficial). Su trayectoria antecedió a otros casos notorios como Charles Vioud, quien “en 1929 [...] dejó el Partido Comunista, para ponerse inmediatamente al servicio de la patronal”»⁹.

Los precursores del modelo orwelliano, al igual que el propio Orwell, habían empezado su carrera atacando duramente a la República española, a los partidos comunistas y a la URSS, y a los Frentes Populares antifascistas. Al igual que Orwell, Gorkin y otros, fue similar el caso del trotskista Boris Souvarine, que «trabajaba entonces en *Les Nouveaux Cahiers*, publicación bimensual creada en 1937 (...) por la sinarquía para seducir, sobre todo después de la victoria electoral del Frente Popular, a la izquierda socialista y radical antibolchevique. La aureola de izquierda que conservaba Boris Souvarine lo convirtió, a su entrada en la revista, en autor estrella de artículos contra la URSS de Stalin y la República española, presentada como esclava de la primera». En aquellos años, Souvarine se hizo famoso por realizar una biografía sobre Stalin.

Tras la guerra mundial, la lealtad al “mundo libre” y a los círculos reaccionarios de una gran parte del *establishment* intelectual dominante (universitarios, escritores, artistas e intelectuales) estaba relativamente asegurada, así como su apoyo para una nueva guerra, al igual que décadas más tarde cientos de intelectuales apoyaron las guerras contra Yugoslavia o Irak sabiendo que se basaban en mentiras. No obstante, al contrario de lo que sucede hoy en día, había un gran número de escritores e intelectuales críticos y peligrosos para el sistema capitalista, que había llevado al mundo a la barbarie dos veces en veinte años. Eran intelectuales valientes que frecuentemente se jugaban su carrera profesional y a veces mucho más por defender sus ideas abiertamente. Por ello los servicios de inteligencia y de guerra psicológica de Estados Unidos decidieron contraatacar en el frente intelectual y, justo después de la guerra, se activó una política de reclutamiento masivo entre intelectuales de la llamada “izquierda no comunista”, con una presencia prominente de trotskistas y excomunistas “arrepentidos”. La gran mayoría se organizó en torno al Congreso para la Libertad de la Cultura, donde tuvo un papel crucial el “tráfuga” más sonado, íntimo amigo de Orwell y uno de los escritores más admirados por Pepe Gutiérrez, el excomunista Arthur Koestler,

«agente de los servicios británicos desde la época de la guerra y del *Information Research Department (IRD)*, servicio creado con vistas a la cruzada anticomunista y antisoviética en febrero de 1948 por el *Foreign Office* y su secretario, uno de los dirigentes del Labour Party y ex jefe de la principal federación sindical británica, miembro encarnizado de la cruzada contra los rojos, Ernest Bevin».¹⁰

Los referentes del modelo orwelliano-totalitario que generaron el pensamiento único anticomunista, constituyeron un poderoso grupo de presión intelectual norteamericano reclutado por la CIA, una corriente ideológica neoconservadora, -liderada por el trotskista Irving Kristol- que se perpetuó hasta George Bush. Su historia «se resume en el viraje ideológico protagonizado por la primera generación de neoconservadores (...) desde Trotski en los años treinta hasta Reagan en los ochenta»¹¹.

La CIA consiguió congrega un gran número de intelectuales y artistas en la cruzada anticomunista. El papel fundamental de lo que se ha dado en llamar «guerra fría cultural» corrió a cargo del grupo conocido como «intelectuales de Nueva York». Éstos eran:

«intelectuales antiestalinistas, la mayor parte judíos y trotskistas, quienes, después de la guerra, cambiaron a una identidad de excomunistas y se convirtieron en “intelectuales de la guerra fría”, en ayuda del “mundo libre” frente al “mundo totalitario”. Los más conocidos son: James Burnham, Max Eastman, Seymour Lipset, Melvin Lasky, Saul Below, James Rorty (el padre de Richard), David Horowitz, Nathan Glazer e Irving Kristol. Este último se revelará como uno de los principales estrategas del *Neocon Center*. Este contexto teórico-histórico se extiende al CCF, el

⁹ Lacroix-Riz, obra cit.

¹⁰ Lacroix-Riz, A.: *El Instituto de Historia Social, sucursal antisocial*. <http://voltage.net.org/article130541.html>

¹¹ Luri, G.: *El neoconservadurismo america*, obra cit., p.22.

Congreso para la Libertad de la Cultura (al cual la CIA no era extraña) y al *Harvard Russian Center* donde estaba Richard Pipes, futuro miembro del Consejo de Seguridad Nacional de Ronald Reagan. (...) Zbigniew Brzezinski, adepto del “modelo totalitario” se distingue por su activismo en las organizaciones transnacionales como la Trilateral»¹².

Asimismo, tomó gran auge política cultural anticomunista en Francia, a partir de instituciones pantalla como el Instituto de Historia Social, creado en 1956 y dirigido «por ex comunistas corruptos y colaboradores del ocupante nazi que acababan de salir de prisión»¹³, financiados por la elite económica a través del banco Worms y la CIA norteamericana, a cuyo frente reaparecía la figura mediática del trotskista Souvarine. En 1940 Souvarine había entrado en contacto con la OSS -precursora de la CIA- y ya en la postguerra se puso a trabajar a las órdenes del antiguo colaboracionista nazi Georges Albertini, relacionado con el banco Worms. Otra generación de intelectuales anticomunistas más recientes dieron un gran impulso al modelo orwelliano sobre la URSS. Tenían en común con sus antecesores el hecho de ser tráfugas y exmilitantes comunistas destacados. Una serie de circunstancias dio impulso a la nueva generación de orwellianos franceses, cuyo contexto político era:

«el programa común de la izquierda, juzgada «totalitaria», la aproximación de ex miembros del Partido Comunista Francés (PCF) al «pensamiento antitotalitario», el activismo organizacional, mediático, editorial, comunicacional de François Furet, Pierre Nora, Jean Daniel. François Furet, el más omnipresente sobre el «Frente antitotalitario» comparte con Irving Kristol, el más activo de sus homólogos americanos, la característica de ser un “Ex”, como el resto de los “Nuevos filósofos” y los peces gordos del periódico *Libération*»¹⁴.

Esta es la breve historia y la descripción del clima intelectual que permitió triunfar al modelo orwelliano. Pero sin duda, el verdadero precursor de los neoconservadores, y el que más fama mundial tuvo, con diferencia, fue George Orwell:

«Los artículos que Orwell escribió a lo largo de los años cuarenta podían haber sido firmados, *mutatis mutandis*, por los neoconservadores de los sesenta y los setenta»¹⁵.

De esta manera se fue configurando un frente común «antitotalitario» cuyas pretensiones eran deformar al máximo la imagen de la URSS y de los comunistas. Pero había otra intencionalidad más grave todavía, según remarca Marc Ferro -un investigador del «totalitarismo soviético» más serio que la mayoría-, que consistía en ocultar la verdadera naturaleza del imperialismo y del fascismo alemán para achacar a la URSS los peores crímenes posibles: «Se comprende por qué ciertos adeptos de la teoría totalitaria no se interrogan sobre las raíces imperialistas del nazismo: esto impediría de hacer del régimen soviético el patrón de los crímenes del siglo XX»¹⁶.

Un enorme monolito orwelliano, que fosilizó y petrificó el pensamiento crítico occidental, se convirtió en el altar sagrado donde trotskistas, ex comunistas, historiadores reaccionarios y colaboracionistas nazis iban a buscar la inspiración divina. Un monolito sagrado, financiado por la gran banca, los grandes medios de prensa y la CIA norteamericana, bajo el cual se escribió la historia de la República española, la guerra civil y el movimiento comunista internacional tanto en la época de Stalin como hasta la desaparición de la URSS en 1991. Su alargada sombra oscurece todavía hoy los escritos de Pepe Gutiérrez y de los orwellianos y amedrenta a muchos comunistas. El final de la historia ya lo conocemos: financiación por la CIA de las obras de Orwell, así como sus versiones cinematográficas, y una gigantesca campaña mediática que incluía la lectura obligatoria de Orwell en las escuelas.

3. ¿Fue Orwell el Cervantes del siglo XX?

En 1946 Churchill pronunció su famoso discurso con el que iniciaba oficialmente la Guerra Fría: «Desde Stettin, en el Báltico, a Trieste, en el Adriático, ha caído sobre el continente un telón de hierro.» Fue entonces como si el mundo intelectual de occidente hubiera descubierto al Cervantes de nuestra época, al gran escritor de la “izquierda disidente”, socialista –entendido en términos muy amplios- que habría estado marginado injustamente por ser “políticamente incorrecto”, es decir, por no haber compartido la opinión de la mayoría de escritores de izquierdas o progresistas en su apoyo activo al antifascismo y a la URSS. Sólo faltaría explicar un “detalle” a esta teoría: ¿Por qué las únicas obras orwellianas que dieron fama mundial al escritor han sido sus tres obras anticomunistas? (*Homenaje a Cataluña*, *Rebelión en la granja* y *1984*). La primera pasó sin pena ni gloria en vida de Orwell –se dice que vendió unas cincuenta copias por año-, y las dos últimas fueron escritas hacia el final de su

¹² Enrevista a Jacques Mascotto: **La théorie du stalinisme dans le miroir du débat actual sur le totalitarisme**. Revista Nómadas, 11/2005. http://www.ucm.es/info/nomadas/11/marcoux_mascotto.htm

¹³ Lacroix-Riz, obra cit.

¹⁴ Enrevista a Jacques Mascotto, obra cit.

¹⁵ Luri, G.: **El neoconservadurismo americano**, obra cit., p.37.

¹⁶ Ferro, M.: **Nazisme et communisme. Deux régimes dan le siècle**. Hachettes Litteratures, Paris 1999, p.22.

vida. ¿Por qué el resto de la producción literaria de Orwell pasó casi desapercibida? ¿Se convirtió Orwell de la noche a la mañana en un escritor genial como por arte de magia? Son preguntas clave que Pepe Gutiérrez debería responder para justificar sus opiniones sobre Orwell, ya que hay dudas sobre la calidad literaria de Orwell, inversamente proporcional a su desmesurada fama, tal y como lo expresó un experto crítico literario, que se confiesa gran admirador de Orwell:

«Uno puede pensar de inmediato en media docena de autores del siglo XX que, línea a línea, página a página, fueron siempre mejores escritores: Conrad, Joyce, Elliot, Lawrence, Auden, Waugh. Entonces, ¿por qué no reciben este tratamiento? ¿Por qué Orwell?»¹⁷.

La burguesía había encontrado en las propias filas de la llamada izquierda los personajes adecuados para la cruzada intelectual anticomunista, una cruzada que justificara entre amplios sectores de la población potencialmente pacifistas, la política militarista y agresiva de los Estados Unidos y el bloque occidental, como el chantaje nuclear o las guerras imperialistas en Corea y Vietnam. Pero hacía falta algo más para llegar al gran público, ajeno al elitismo de los Congresos de intelectuales y artistas, a las revistas especializadas y al mundo universitario. Hacía falta un producto rompedor, que se pudiera vender fácilmente, asequible y asimilable para las masas de las sociedades occidentales, algo con lo que se pudieran identificar y que les alejara además del “peligro” de la radicalización y del socialismo. Una nueva guerra comenzaba, y las obras apocalípticas de Orwell, escritas en un lenguaje sencillo, elemental y asequible para el gran público, iban a ser una munición muy efectiva que se emplearía en las batallas ideológicas, políticas y culturales contra el otro lado del «telón de acero» y contra la izquierda transformadora. Los servicios de inteligencia occidentales, especialmente la CIA, destinaron grandes cantidades de dinero y grandes campañas publicitarias para difundir las obras de Orwell, incluyendo las versiones cinematográficas de sus dos principales obras anticomunistas (aspecto que Pepe Gutiérrez evidentemente prefiere no comentar). La fama llegó caída del cielo como por milagro: desde 1945, coincidiendo con el inicio de la cruzada anticomunista norteamericana, el escritor que había vendido unos pocos cientos de sus novelas al año, pasaría a vender decenas de miles con continuas reediciones y traducciones a la mayoría de idiomas.

Un aspecto que contribuyó a la meteórica carrera de Orwell fue su vida bohemia y su individualismo extremo. La imagen del don Quijote libertario, “no atado a ideologías”, a “dogmas” o a partidos políticos, es una figura atractiva entre determinados sectores politizados de la izquierda, y se puede exportar mucho más fácilmente que cualquier escritor realmente comprometido, no con él mismo, sino con una causa colectiva de progreso social, que implica renunciar a los egoísmos individualistas y a los prejuicios personales a favor de la causa. La figura del *héroe individual*, cuya única vara de medir para el bien o el mal, para lo correcto o incorrecto, es su propia intuición por encima de todas las consideraciones sociales, políticas e históricas, es una figura atractiva que siempre ha tenido gran público. Por ello el fenómeno intelectual alrededor del escritor ha creado un vasto mercado editorial orwelliano con evidentes valores de derechas pero enfocados a un amplio público susceptibles de apoyar a las izquierdas, una verdadera «industria de Orwell» según las afortunadas palabras de Scott Lucas, profesor de la Universidad de Birmingham y autor de una biografía crítica sobre el escritor, quien nos muestra el abanico de destacados personajes que sucumbieron al atractivo del “Orwell idealista”:

«El único escritor de genio entre los literatos de revuelta social entre las dos guerras” (Arthur Koestler); “el espíritu de cristal para todos nosotros” (George Woodcock). Para Noam Chomsky fue el modelo del “intelectual responsable”. Para Bernard Crick fue, en la Gran Bretaña post-imperial y post-Estado de bienestar, el “socialista inglés”. Y desde los acontecimientos de septiembre de 2001 se ha convertido, según Christopher Hitchens, en un incondicional contra el “fascismo islámico” y sus cómplices pacifistas (como Noam Chomsky)»¹⁸.

Así se creó la imagen de un mito cuyo valor literario fue más bien pobre y desigual, pero cuyo valor simbólico tiene hoy todavía unas posibilidades incalculables para conseguir oscuros fines ideológicos y políticos.

4. Instrucciones para fabricar un mito

Dos grandes dogmas hicieron de Orwell el Gran Sacerdote de la Verdad y Maestro de la ciencia política. El primero hace referencia a su militancia socialista o izquierdista, evidentemente entendida en sentido muy amplio. Durante generaciones, los orwellianos de izquierdas y el discurso oficial sobre el escritor, nos recuerdan insistentemente, a través de una infinidad de reedición de las obras de Orwell y de biografías elogiosas, que Orwell se ganó su fama de escritor a pulso por su integridad personal, su honestidad y sus principios políticos socialistas. A Orwell, nos dicen sus apologistas, a diferencia de la mayoría de intelectuales de izquierdas, no le tembló el pulso para proclamar “La Verdad” y para denunciar los valores contrarios al “socialismo verdadero”: la Unión Soviética, Stalin, los partidos comunistas y los escritores e intelectuales potencialmente simpatizantes con

¹⁷ Garton Ash, T.: *Orwell in 1998*. The New York Review of Books
<http://home.planet.nl/~boe00905/OrwellNYreview221098.html>

¹⁸ Scott Lucas: *What would George do?* <http://www.newstatesman.com/200306020041>

la URSS o con la causa del antifascismo. Veremos más adelante cómo la realidad es muy diferente a este aspecto del mito.

El otro gran dogma es el de escritor injustamente perseguido por el «comunismo estalinista», un idealista víctima de las «paranoias» de Stalin en España. El episodio español de Orwell es, quizás, el más crucial para entender la naturaleza del mito así como la percepción dominante entre el público sobre la guerra civil española. Ningún orwelliano ha afrontado este episodio histórico desprovisto de prejuicios ideológicos. Orwell participó en la guerra civil enrolado voluntario en las milicias del POUM, estuvo involucrado en los llamados Sucesos de Mayo de Barcelona que enfrentaron, por una parte, a las fuerzas que defendían el Frente Popular (Generalitat de Cataluña, ERC, PSUC, UGT principalmente) y por otra con el POUM y sectores extremistas del anarquismo como los *Amigos de Durruti*. Los sucesos pasaron a la historia como una lucha entre los “contrarrevolucionarios” y los “revolucionarios”. La participación de Orwell hizo que aquellos hechos, bastante anecdóticos en el contexto de la guerra civil (en los Sucesos de Mayo murieron unas 500 personas, mientras que las bajas en cualquier batalla de la guerra fueron del orden de decenas de miles), se convirtieran para el gran público en el suceso fundamental y clave de toda la guerra. A partir de entonces, la reconstrucción histórica dejó paso a la leyenda novelada -y más recientemente a la cinematográfica con *Tierra y Libertad*-, como podemos ver en esta esquematización simplista, que hoy en día todavía se repite irreflexivamente como verdad absoluta:

«Su libro *Homenaje a Cataluña*, publicado en 1938, forma parte de la memoria de la guerra de España y es una rotunda y valiente denuncia del estalinismo y de los regímenes totalitarios, un sentimiento que cristalizará en obras posteriores como *Rebelión en la granja* y *1984*. (...) El autor muestra en este artículo su sentimiento de fraternidad con las víctimas de la represión comunista y critica la deformación de los acontecimientos que ofrecen los periódicos de izquierdas. Señala también el carácter contrarrevolucionario del comunismo español y la contradicción en la que éste cae al unirse a los capitalistas para combatir el fascismo mientras reprime a los revolucionarios»¹⁹.

Entre todos los periodistas extranjeros, sólo una minoría muy reducida -entre la que se encontraba Orwell- mostró esa visión tan extremadamente negativa (si descontamos los corresponsales favorables a Franco) sobre la República, la actitud de los comunistas y la URSS. Orwell no estaba narrando los hechos de forma objetiva, explicando la “Verdad” como a él le gustaba presumir; *Homenaje a Cataluña* está realizado desde el sentimentalismo más profundo, cargando las tintas sobre los enemigos políticos del partido donde él se había refugiado, el POUM. Muchos orwellianos han reconocido la gran carga pasional que hay en *Homenaje*, pero ninguno de ellos ha reconocido que esta visión personalizada y subjetiva pueda ser un argumento contra la objetividad de los hechos. La obra, escrita en forma autobiográfica, tiene dos partes bien diferenciadas: la primera, un deslumbramiento romántico de una idealizada Barcelona de aspecto proletario, seguido por sus vicisitudes en las trincheras de Huesca. Son episodios donde se describe la gran ineficacia de los combatientes pero donde domina la percepción idealista de los milicianos y de los fines que persiguen. La segunda, narra los combates callejeros de Barcelona y el incidente con la policía al sufrir un registro domiciliario, así como su visita a las cárceles y su huida, según el propio Orwell, escapando de la policía republicana.

Veamos los pasos necesarios para fabricar el mito:

Paso nº 1: Calificar el trotskismo de Orwell o del POUM como una «manipulación estalinista» encaminada a criminalizar a los “verdaderos revolucionarios”.

Pepe Gutiérrez alude a la existencia de un dossier de la policía soviética donde se nombra –sin citarlo en ningún momento, siguiendo su costumbre- a Orwell y a su esposa como «trotskistas fanáticos»²⁰. Pepe Gutiérrez se escandaliza porque califiquen a Orwell de trotskista y porque sea presuntamente espiado por los soviéticos que, según afirma, deseaban su eliminación.

Se trataría de demostrar que el etiquetaje de «trotskista» era una maniobra de los comunistas para justificar las acciones violentas contra rivales políticos como el POUM. No obstante, la mayoría de observadores extranjeros también calificaron al POUM como una fuerza trotskista. Y el propio Orwell compartía esta opinión cuando comentaba que su libro *Homenaje a Cataluña* «contiene un largo capítulo lleno de citas tomadas de los periódicos y demás, en las que se defiende a los trotskistas que estaban entonces acusados de haber tramado un complot con Franco»²¹.

* Esquerra Republicana de Catalunya, partido de la pequeña y mediana burguesía nacionalista.

** Partido Socialista Unificado de Cataluña, sección catalana de la III Internacional.

*** Unión General de Trabajadores, sindicato dirigido por socialistas y comunistas.

¹⁹ García Santa Cecilia, C.: *Corresponsal en España*. http://cvc.cervantes.es/ACTCULT/corresponsales/sta_cecilia.htm

²⁰ Gutiérrez, P.: *Orwell, un “trotskista fanático”*. http://www.kaosenlared.net/noticia.php?id_noticia=47045

²¹ Orwell, G.: *¿Por qué escribo?* En: **El león y el unicornio y otros ensayos**. Ed. Turner, Madrid 2006, p.223.

Siguiendo la propia lógica del escritor, cualquier observador tenía derecho a considerar trotskista a Orwell. En el contexto de una guerra, donde las razones de supervivencia imponen una lucha a muerte, desaparecen los espacios para las sutilezas y los matices, y se simplifica la realidad en base al binomio amigo-enemigo. Es un método empleado por todos: calificar a Orwell como trotskista quizás sea un error de matiz, aunque no tan grave como, por ejemplo, la clásica afirmación orwelliana de que el dirigente socialista Negrín era un agente de Stalin, error que no arranca ningún gesto de escándalo a Pepe Gutiérrez.

Paso nº 2: Sacar de contexto el posible hecho de que Orwell fuera investigado o espiado. Lo que es una actividad normal entre los servicios de inteligencia de todos los países, para los orwellianos, si lo realiza la URSS es una evidencia concluyente de la monstruosidad intrínseca de Stalin. Todos los Estados tienen servicios de inteligencia y espionaje que realizan informes de los personajes más destacados del mundo de la política, las finanzas, la cultura, etc. Orwell fue investigado por los servicios de inteligencia británicos: desde 1929, una rama especial de la policía británica, Scotland Yard, recogía información de sus actividades, desde su estancia en París. En 1942 un pésimo informe policial –evidentemente equivocado– lo definía como un escritor con «opiniones comunistas avanzadas» y decía que había sido visto en reuniones comunistas, hecho que se encargó de desmentir el servicio de inteligencia MI5, valorando muy positivamente los últimos escritos de Orwell sobre política y su participación en un simposio titulado gráficamente *La traición de la izquierda*. Finalmente, fue descartado como potencialmente peligroso gracias a sus opiniones negativas sobre la Unión Soviética²². El archivo policial no se cerró hasta el día en que Orwell fue enterrado, en 1950. Así pues, que los soviéticos supuestamente investiguen a Orwell durante la guerra para Pepe Gutiérrez es motivo de horror y de escarnio, mientras que no dice una palabra acerca de la investigación del espionaje británico que, en tiempos de paz y muchos años antes que los soviéticos, realizaron sobre Orwell. ¿Por qué cae Pepe Gutiérrez en esta extraña contradicción? Sencillamente, porque así Pepe Gutiérrez puede mantener viva la llama del mito, el débil escritor «heroico y decente» enfrentado al todopoderoso Stalin, personificación del mal.

Por otra parte, los años treinta, y más específicamente a partir de la guerra española, fueron los que con mayor virulencia Trotski atacó a Stalin, a la URSS y a lo que él llamó «casta burocrática». Además de eso, el POUM se encargó infinidad de veces de proclamar a grandes voces su oposición al gobierno del Frente Popular, a la República «burguesa» y al PCE y PSUC, calificados como «contrarrevolucionarios». Cae por su propio peso que, si uno ingresa en un partido que la mayoría de observadores como el propio Orwell considera “trotskista”, pueda ser considerado como potencialmente enemigo tanto de la República como del Estado soviético y, en una situación de guerra, pueda ser investigado al igual que otros países investigaban las actividades comunistas en España. Es algo perfectamente normal dentro de la lógica de la guerra, donde los servicios de información y espionaje adquieren una importancia vital. Para Pepe Gutiérrez parece algo monstruoso, aunque sólo si se trata de algo realizado por los soviéticos.

Paso nº 3: Omitir la existencia de destacados espías en el POUM. Georges Kopp, comandante de la columna extranjera del POUM donde se alistó Orwell e íntimo amigo del escritor, era un agente del espionaje británico²³ (MI5), cuyo Estado estaba activamente interesado en la victoria de Franco. El jefe directo de Kopp en el MI5 era Anthony Blunt, agente doble soviético, por lo que la más elemental lógica sugiere que los servicios de espionaje soviéticos estaban informados de la existencia de una red de espionaje británica en España, incluyendo la que había en la columna extranjera del POUM. ¿Es un signo de paranoia pensar que los integrantes de esta columna –como Orwell– no podrían ser ellos mismos espías (reales o potenciales) interesados en debilitar la lucha republicana, teniendo en cuenta que el POUM se proclamó adversario de la URSS, del Frente Popular y de la República «burguesa»? Esta pregunta jamás encontrará respuesta por parte de Pepe Gutiérrez, que seguramente volverá a responder con la clásica etiqueta de «manipulaciones estalinistas».

Espionaje fascista en el POUM y en el extremismo anarquista: silencio de Pepe Gutiérrez

Otro dato, que Pepe Gutiérrez y los orwellianos se encargan de silenciar, es el hecho de la infiltración fascista en el POUM y en grupos extremistas anarquistas, aprovechando su oposición visceral a la República y al partido comunista. Se ha hablado en numerosas obras²⁴ de la reivindicación que Franco y el embajador alemán Faupel se otorgaron la paternidad de los Sucesos de Mayo de Barcelona. Si bien ello puede ser un intento de darse importancia mutuamente entre los dos aliados, tiene cierta lógica con revelaciones recientes sobre la influencia del espionaje fascista en organizaciones de extrema izquierda republicanas.

La POLPOL, policía política de Mussolini, había infiltrado al POUM ya antes de la guerra. Su agente más destacado era Arturo Luchetti, que llevó a cabo actos de sabotaje contra el ejército republicano²⁵. Por otra parte, determinados medios anarquistas también estaban infiltrados. Algunas de sus publicaciones anticomunistas

²² <http://www.netcharles.com/orwell/articles/MI5-convicted-orwell-not-communist.htm>

²³ <http://www.informationliberation.com/?id=11595>

²⁴ Por ejemplo, Vilar, P.: **Estat, nació, socialisme. Estudis sobre el cas espanyol**. Edicions Curial, Barcelona 1982, p.198.

²⁵ Morten H. y Ros, M.: **La trama oculta de la guerra civil**. Editorial Crítica, Barcelona 2006, p.140.

fueron promovidas por el espionaje fascista en su lucha anticomunista, sobretodo después de los Sucesos de Mayo. Por ejemplo, un agente destacado de Mussolini, Bernardo Cremonini, líder de la federación anarco-comunista de París,

«escribió un panfleto violentamente anticomunista acerca de los sucesos de Barcelona que se propagaron por toda la organización. (...) A la luz de lo sucedido en Barcelona, el Duce había llegado incluso a proponer la publicación de un periódico anarquista que “ataque violentamente al fascismo, pero cuyo verdadero objetivo sea atacar al comunismo de la forma más resuelta y vulgar”. Mussolini quería que se llamara *Lotta di Classe*, como el periódico de Berneri, o *Il Riscatto Libertario*»²⁶.

Como el lector puede imaginar, de todo ello no aparece ni una línea en las obras de Orwell ni en Pepe Gutiérrez. Y es que ya Mussolini había percibido que los discursos de extrema izquierda era una verdadera mina de oro para atacar y difamar a los comunistas como máximos defensores de la República. En eso se puede decir que el dictador italiano fue un verdadero precursor de Orwell. El líder anarquista Berneri, otra víctima destacada que los orwellianos aprovechan para cargar sobre los comunistas o sobre la URSS, fue asesinado según las evidencias más recientes, por agentes de Mussolini. Berneri era un anarquista refugiado, que descubrió en el consulado italiano en Barcelona documentos comprometedores donde quedaban demostradas las intenciones de Mussolini de colonizar a España, convirtiéndola en un protectorado de Italia²⁷. Los documentos reforzaban la tesis comunista de que la guerra española era en gran medida una guerra patriótica contra la invasión del fascismo internacional, tesis que era objeto de violentos ataques por Trotski, el POUM y los sectores anarquistas más extremistas.

Finalmente, en esta historia de espías hay que destacar que militantes del POUM de Barcelona se ofrecieron en 1938 a la Quinta Columna para asesinar al presidente del Gobierno republicano, Juan Negrín, y al ministro de Asuntos Exteriores, Julio Álvarez del Vayo, a cambio de una cantidad de dólares y una vía de salida para Estados Unidos²⁸. Nuevamente, el extremismo de izquierdas confluye con el extremismo de derechas mientras que, ante estos hechos documentados, Pepe Gutiérrez se limita a responder con la condenación eterna para los «estalinistas».

Paso nº 4: Reescribir la historia de los amigos de Orwell, tapando sucesos escabrosos. Leamos la descripción que hace Pepe Gutiérrez sobre el comandante Kopp, jefe de Orwell en España:

«Al igual que muchos otros aventureros y soldados de fortuna (Malraux representa el ejemplo más notorio), Kopp embelleció la realidad creando un mito complejo sobre su pasado. Un periodista holandés, Bert Govaerts, descubrió recientemente que “en lugar de tratarse de un ingeniero belga con experiencia militar previa, Kopp era en realidad de nacionalidad rusa y jamás sirvió en el ejército (es decir, fue oficial de reserva en el ejército belga). Además, ni era licenciado en ingeniería ni un marido y padre entregado, como creía Orwell. Asimismo, también parece falsa la afirmación de Kopp según la cual lo obligaron a huir de Bélgica por fabricar municiones ilegales para la República española”. Tras examinar la carrera vital de Kopp, Govaerts concluía: “En conjunto, la célebre capacidad de observación de Orwell sufrió un golpe grotesco con este hombre curiosísimo.” Pero mientras luchaba en España junto a Kopp, Orwell no tenía manera de descubrir la verdad sobre el pasado de éste. En cualquier caso, el mito que Kopp creó no altera en absoluto su impresionante heroísmo (en acción y en prisión) tanto durante la guerra civil española como en la resistencia francesa durante la Segunda Guerra Mundial».²⁹

Si nos guiamos por Pepe Gutiérrez, el íntimo amigo de Orwell, Kopp, era, por decirlo suavemente, un chico travieso al que le gustaban las aventuras, un hombre capaz de un «impresionante heroísmo» que cometía el pecado completamente disculpable de ser un poquito mentiroso, como otros aventureros –Malraux, Gide- o turistas revolucionarios que vinieron a España en busca de excitantes aventuras y que después hicieron fortuna durante la cruzada anticomunista. Es evidente que Pepe Gutiérrez trata desesperadamente de salvar la imagen de Georges Kopp, otro mito del POUM. Georges Kopp quizás fuera un «héroe de guerra», aunque es un hecho difícilmente comprobable. Pero lo que sí está bien documentado es que, como se ha dicho antes, durante la guerra de España fue un espía al servicio del Imperio británico. Además de eso, participó con el ejército británico en la defensa de Francia durante la invasión alemana de 1940 y fue capturado, pasando a trabajar, según evidencias de bastante peso, para el gobierno colaboracionista de Vichy a través del *Deuxième Bureau*³⁰ al mismo tiempo que para el MI5. De esta manera, una persona sin ningún tipo de escrúpulos, que con sus actividades muy probablemente colaboró con el terror nazi en Francia, es descrito por Pepe Gutiérrez simple y llanamente como un «héroe de guerra» que luchó en la Resistencia francesa. Así escriben la historia los orwellianos. Con la lógica de Pepe Gutiérrez, el nazi Jacques Doriot o el mariscal Pétain también fueron héroes de la Resistencia francesa.

²⁶ Idem, p.141.

²⁷ Idem, p.137.

²⁸ Idem, p.142.

²⁹ Gutiérrez, P.: *Orwell, un “trotskista fanático”*. http://www.kaosenlared.net/noticia.php?id_noticia=47045

³⁰ <http://www.informationliberation.com/?id=11595>

Curiosas coincidencias en la lucha contra el «estalinismo»

La estrategia de Pepe Gutiérrez en su mayoría de escritos anticomunistas es bien sencilla: reescribir la historia de los más destacados anticomunistas y ocultar sus aspectos más repulsivos. Es por ello que, en otro escrito, no tiene pelos en la lengua en mitificar a uno de los cabecillas del golpe de Estado contra la República en 1939, el anarquista Cipriano Mera. En su elogioso *Homenaje*³¹, Pepe Gutiérrez ni siquiera comenta la traición a la República por la Junta de Defensa, presidida por Casado y en la que Mera tuvo un papel crucial. Quizás para él no tiene importancia que esta traición entregara impunemente a Franco a cientos de miles de combatientes y familiares, que fueron a dar con sus huesos en los campos de concentración, en los calabozos de tortura y en los paredones de fusilamiento. Sumando las “coincidencias”, a los elogios del golpismo antirrepublicano se suma el ultra Federico Jiménez Losantos, la voz de los obispos ultramontanos, que también considera a Mera como un «idealista», un héroe por su enfrentamiento contra los comunistas, del que elogia sus iniciativas como la propuesta de «secuestrar a Negrín para obligarlo a negociar con Franco o presentarse con él en Burgos aunque los fusilasen a todos»³². También la Falange Auténtica se apunta al homenaje a Cipriano Mera, del que destaca su anticomunismo y su “idealismo”: «Sin duda, la de Cipriano Mera es una vida entregada a fondo perdido por el Ideal, marcada por la vivencia de la Solidaridad, compartiendo hasta lo necesario para vivir»³³. Finalmente, la Fundación Andreu Nin³⁴ reivindica su figura publicando una entrevista a Mera realizada en 1966. El anticomunismo concita las más extrañas amistades.

Paso nº 5: Hacer del POUM la única víctima de las represiones y de Andreu Nin el único muerto de la guerra civil. Esta esquematización sirve para ocultar que hasta mayo de 1937, en Cataluña y otras zonas de la República, determinadas fuerzas políticas y sindicales trataron de imponerse mediante la violencia, el terror y los asesinatos. Como pusieron de manifiesto en su documentado y exhaustivo estudio los historiadores Solé i Sabaté y Villaroya³⁵, hasta 1937 proliferaron las prisiones anarquistas como las de Sant Elies en Barcelona, los cementerios clandestinos en la Arrabassada o en Montcada, donde iban a parar las decenas de asesinados por los incontrolados y las Patrullas de Control, amparadas por grupos de la FAI, la CNT y el POUM en un intento de provocar el “caos revolucionario” y socavar la unidad del Frente Popular. Las cunetas de las carreteras se llenaban de muertos, no sólo de burgueses, curas y fascistas, sino también de militantes de Esquerra, de la JSU o del PSUC “depuradas” convenientemente por sus enemigos políticos, o bien de personas sin partido víctimas de venganzas personales o de extorsiones cuyos verdugos se amparaban en la impunidad del carnet rojinegro la mayoría de las veces: no olvidemos que una de las primeras medidas «revolucionarias» del anarquismo fue abrir de par en par las cárceles de Barcelona, de donde salieron cientos de criminales, violadores, asesinos, pistoleros y delincuentes. Joan Comorera, secretario general del PSUC, fue objeto de atentados y muchos personajes “del otro lado” cayeron mucho antes que Andreu Nin: Roldán Cortada y Sesé, destacados dirigentes del PSUC; Desideri Trillas, sindicalista del puerto de Barcelona, asesinado en los locales de la CNT por sus pistoleros; los tres militantes de la UGT asesinados en el pueblo de El Grado y los cinco asesinados en Oliete –entre ellos dos comunistas y un miembro de Izquierda Republicana; el exterminio de ugetistas en Barcelona durante el dominio anarquista, o los casi treinta campesinos asesinados por la FAI en el pueblo tarraconense de La Fatarella, son unos pocos ejemplos de las víctimas entre la izquierda producidas durante la dictadura anarquista espoleada por el POUM. Los adversarios del PSUC fueron implacables con los militantes comunistas y de otras organizaciones. ¿Cuál habría sido la suerte de los dirigentes del PSUC si los amigos de Orwell hubieran triunfado?

En la historia de la guerra civil contada por los orwellianos, todas estas víctimas sencillamente no existen.

5. Sobre el mal uso de la información y la falta de seriedad de Pepe Gutiérrez

Es evidente que Pepe Gutiérrez tiene un gran interés en condicionar el debate y llevarlo de los cauces constructivos al espacio de las etiquetas, estereotipos y prejuicios. En primer lugar, Pepe Gutiérrez, no se sabe por qué, se cree obligado a dar una gran publicidad a mi supuesta militancia política: «Al parecer, Albert Escusa, forma parte del Partit Comunista de Catalunya (PCC), grupo “prosoviético”, partido actualmente coaligado con Iniciativa per Catalunya y con Llamazares, o sea con “camaradas” que ya no solamente abjuran de Stalin, lo hacen también del comunismo». Suponemos que el objetivo que persigue Pepe Gutiérrez al dar publicidad a mi supuesta militancia política, es mostrar al lector la imposibilidad de que un militante del PCC pueda emitir opiniones objetivas sobre estos problemas históricos y políticos. Ya que Pepe Gutiérrez tiene tanto interés en exponer al público -y a otros elementos que curiosean por la red- mi presunta militancia política, me veo en la obligación de

³¹ <http://www.kaosenlared.net/noticia/homenaje-a-cipriano-mera>

³² <http://www.segundarepublica.com/index.php?opcion=2&id=10>

³³ <http://www.falange-autentica.org/article.php?sid=559>

³⁴ <http://www.fundanin.org/meral.htm>

³⁵ Solé i Sabaté, J. M. y Villaroya, J.: *La repressió a la rera guarda de Catalunya (1936-1939)*. Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona 1990.

aclararle que, efectivamente, hace años fui militante del PCC -y, a pesar de mis diferencias actuales, no me avergüenzo de haber sido militante de este partido-, pero mucho antes de publicar mi texto sobre Orwell ya había abandonado mi compromiso con el PCC. Así pues, actualmente no tengo ninguna relación con el PCC ni con la política o la ideología que defienda, cuestiones que competen única y exclusivamente a sus militantes. Tampoco tengo nada que ver ni con Iniciativa per Catalunya, ni con Llamazares, ni con Izquierda Unida, ni con los caminos que hayan tomado estas organizaciones y sus dirigentes. Le recomiendo a Pepe Gutiérrez que revise sus pésimas fuentes de información antes de divulgar de esta manera estas informaciones falsas. Asimismo, sería interesante que nos aclarara a todos cuáles son los criterios que utiliza para insinuar que los militantes del PCC están invalidados para dar argumentos objetivos sobre tales acontecimientos históricos.

En segundo lugar, el texto de Pepe Gutiérrez está lleno de errores garrafales y de empleo incorrecto de las citas, que inducen al lector a una interpretación deformada y errónea de mi texto. Por ejemplo, según Pepe Gutiérrez, «Escusa llega a afirmar con rotundidad que *Rebelión en la granja* que apareció en Gran Bretaña coincidiendo con el final de la guerra (...) Ni que decir tiene que esta obra se imprimió en la Alemania nazi y la Italia fascista».

Dicho así, no habría nada que objetar a Pepe Gutiérrez, pero el problema es que él ha refundido de forma arbitraria partes del texto que yo escribí: la primera parte de la cita hace referencia a *Rebelión en la Granja*, mientras que la segunda parte hace referencia a la obra de dos fascistas ingleses amigos de Koestler. Unir de esta forma dos fragmentos que hablan de cosas completamente diferentes es un ejercicio de confusión deliberada. Si Pepe Gutiérrez se hubiera molestado en citar correctamente mi texto, se habría percatado que en ningún momento se afirma tal cosa. La cita correcta, que cambia completamente el sentido de la frase, es la siguiente:

«En 1939 Koestler evolucionó hacia la extrema derecha, y se hizo admirador manifiesto de escritores ingleses como Cecil Gerahty y William Foss, quienes escribieron sobre la República española: “Hemos demostrado, pues, que España fue la víctima de un vasto “complot” comunista, inspirado y controlado por los francmasones europeos, judíos en su mayoría, y agitadores internacionales” Ni que decir tiene que esta obra se imprimió en la Alemania nazi y la Italia fascista».

Esto es exactamente lo que yo escribí, y no lo que Pepe Gutiérrez pone falsamente como mi autoría y repite más adelante en su texto. En todo caso, yo no tengo la culpa de que Koestler, escritor muy admirado por Pepe Gutiérrez, decidiera escoger a sus amistades entre los fascistas.

Por otra parte, Pepe Gutiérrez vuelve a cometer un gran error cuando se escandaliza porque en mi trabajo recurrí a autores “no estalinistas” o antiestalinistas como Isaac Deutscher. Es posible que el doctrinarismo le haya jugado una mala pasada a Pepe Gutiérrez. Desde el punto de vista científico, recurrir a autores ideológicamente opuestos para sustentar una determinada posición no constituye ninguna aberración mientras sus argumentos tengan un apoyo sólido, contrastado y debidamente documentado. De hecho, debería ser un motivo de alegría para Pepe Gutiérrez que yo me desprenda de prejuicios y no dude en recurrir a autores con concepciones ideológicas alejadas de las mías.

6. Pepe Gutiérrez y el reciclaje de los intelectuales al servicio del imperialismo

Para sustentar su argumentación, Pepe Gutiérrez se ve obligado a reciclar escandalosamente a los intelectuales que, de forma consciente o no, trabajaron en los establecimientos culturales y literarios de la agencia del espionaje norteamericano, la CIA. El más importante de ellos fue los *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*, revista creada y financiada por la CIA y sus fundaciones pantalla, y dirigida por Julián Gorkin, uno de los principales dirigentes del POUM hasta 1939 y desde los años cuarenta agente activo del imperialismo norteamericano.

El hecho clave de los vínculos entre la CIA y Gorkin y los *Cuadernos* que dirigía, enfocados a denigrar a la República y a captar intelectuales pro-norteamericanos, es importantísimo para esclarecer los intereses ideológicos y el entorno histórico de guerra fría anticomunista, que permitió triunfar a la caracterización de la Unión Soviética y la guerra civil española según el modelo orwelliano. Pero contra toda lógica, Pepe Gutiérrez silencia este hecho fundamental y pasa de puntillas argumentando que en los *Cuadernos* escribían «antifranquistas, intelectuales que pretendían crear una oposición no comunista». ¡Qué bellas palabras para describir a la oficina cultural de la CIA, la agencia del crimen que con una mano pagaba a Gorkin y a sus amigos, y con la otra a los Somoza, Batista, Pinochet, Suharto y Mobutu! Como explica Pepe Gutiérrez, en los *Cuadernos* colaboraron entre otros Salvador de Madariaga, Aranguren, Ferrater Mora, Américo Castro, Víctor Alba, Camilo José Cela y Dionisio Ridruejo. Efectivamente, una “oposición intelectual” blanda... mantenida y financiada por la CIA, que preparaba un postfranquismo favorable a los intereses del imperialismo norteamericano. Como demostró el historiador

Southworth³⁶, Gorkin fue el asalariado de la CIA especializado en la campaña de difamación contra la República en general, y contra los comunistas en particular, entre algunas capas de la intelectualidad española progresista o disidente del franquismo, y entre sectores de la izquierda no comunista que pudieran sentir simpatía hacia el partido comunista. Contó con la ayuda inestimable del periodista e historiador Bollotten -otro tráfuga que abandonó su antigua simpatía por la República a cambio de una buena carrera profesional- a los que cabe añadir a El Campesino y Jesús Hernández, cuyos “testimonios” fabricados por Gorkin (es decir, por la CIA) son dogma de fe para Pepe Gutiérrez.

¿Por qué Pepe Gutiérrez no comenta nada sobre las conexiones de los pousistas y orwellianos Gorkin, Alba y otros con la CIA, hecho importantísimo para esclarecer el debate? ¿Acaso siente algún reparo moral por tener que recurrir a tales autores para apoyar sus argumentos?

7. Un fantasma recorre el mundo de Pepe Gutiérrez: el fantasma del «estalinismo»

Decía el gran historiador Pierre Vilar, denunciando las presiones de los intelectuales que pretendían desesperadamente evitar una lectura objetiva de Stalin: «un terrorismo intelectual subterráneo impulsa a pedir perdón por citar Stalin»³⁷. El tono intimidatorio utilizado por Pepe Gutiérrez se nutre de este terrorismo intelectual al utilizar indiscriminadamente la clásica etiqueta de «estalinismo», concepto encaminado a atemorizar y a provocar vergüenza, no sólo los defensores de Stalin y de la URSS, sino a todos aquellos que no comparten el modelo orwelliano y el pensamiento único antiestalinista. Con ello Pepe Gutiérrez pretende zanjar fácilmente el debate sobre la figura de Orwell y la historia soviética, sustituyendo con etiquetas y prejuicios clásicos la ausencia de argumentos sólidos y tiene que recurrir a argumentos peregrinos como el supuesto antiestalinismo oficial en Cuba –si no nos quedamos en lo formal, sería un interesante ejercicio comparar detalladamente los textos constitucionales y los sistemas sociopolíticos de Cuba y la URSS- o mediante la leyenda de que los comunistas son cuatro gatos en vía de extinción: «los estalinistas se pueden contar con los dedos de una sola mano. No están en las librerías, ni en los foros, en cualquier página alternativa el concepto estalinismo se usa casi exclusivamente como insulto, o como parte de un pasado erróneo, y en muchos casos, superados.»

No se entiende cómo Pepe Gutiérrez derrocha tanto tiempo y energía para combatir a «los dedos de una mano», a no ser que, evidentemente, el propio Pepe Gutiérrez sepa que sus afirmaciones tienen poco que ver con la realidad. Naufrago en su pequeño océano orwelliano, es incapaz de ver lo evidente: la existencia de grandes partidos en todos los continentes que, aunque mantengan hoy posiciones ideológicas diferentes, defienden la Unión Soviética de Stalin como una etapa globalmente positiva para la historia de los pueblos soviéticos y de la humanidad. En Turquía, Grecia, Ecuador, Rusia, Nepal, etc., existen grandes partidos de masas, algunos con presencia electoral y social notable, o son fuerza de gobierno, que reivindican de una manera o de otra la figura de Stalin. No sabemos a qué grupo político está adscrito Pepe Gutiérrez, pero difícilmente debe tener una gran representación, de la misma forma como tampoco ningún partido o grupo del anticomunismo de izquierdas o similar tiene prácticamente presencia ni entre las masas, ni ha dirigido jamás movimientos antiimperialistas o revolucionarios, ni constituye ninguna fuerza de consideración a nivel electoral. ¿Por qué no dice nada Pepe Gutiérrez sobre esto?

El desenfreno anticomunista conduce a Pepe Gutiérrez hacia posiciones radicales que le hacen vincular, sin ningún tipo de pruebas, a Stalin y la URSS con «con la cohorte Pol Pot, Ceaucescu, el último Mao». Son análisis convergentes con extremistas de la talla de Federico Jiménez Losantos, cuyas opiniones son muy similares: «Stalin, Mao o Pol Pot mataron antes y mataron más de lo que ha podido hacerlo el Carnicero de los Balcanes»³⁸. Vincular los aciertos y desaciertos de Stalin con los de otras figuras históricas posteriores a él no se puede calificar como un gran argumento histórico. Mezclar de tal manera a personajes que estuvieron en el centro de procesos históricos tan diferentes y contrapuestos, y pretender hacer de ellos “discípulos de Stalin” –sin pruebas, sin argumentos, sin documentación histórica- no constituye ninguna evidencia a favor de Pepe Gutiérrez, que recurre a tesis dignas del *Libro negro del comunismo*.

8. Pepe Gutiérrez, el cine y los escritores “arrepentidos”

³⁶ Southworth, H. R.: “*El gran camuflaje*”: Julián Gorkin, Burnett Bolloten y la Guerra Civil Española. En: Preston, Paul (ed): **La República asediada. Hostilidad internacional y conflictos internos durante la Guerra Civil**. Ediciones Península, Barcelona 2001.

³⁷ Vilar, obra cit., p.28.

³⁸ Jiménez Losantos, F.: *O Mussolini o Ceaucescu*. <http://www.libertaddigital.com/index.php?action=desaopi&cpn=402>

Como pruebas definitivas de cargo contra el “estalinismo”, Pepe Gutiérrez nos propone disfrutar de películas antisoviéticas: «la verdad es que le iría muy bien leer libros como los mencionados o películas *La confesión*, de Costa-Gravas o *La vida de los otros*, de Florian Henckel-Donnersmarck, so pena de quedar totalmente marginados de la verdad» completado con la lectura de los escritores desencantados con la URSS.

En cuanto a lo primero, no es muy original, puesto que la industria occidental de cine viene realizando obras antisoviéticas y anti-“estalinistas” desde 1917, aunque hay que reconocerle a Pepe Gutiérrez que poner al mismo nivel las películas de ficción con las obras históricas y científicas basadas en documentos, es algo innovador y brillante. Pepe Gutiérrez parece sugerir a los historiadores un nuevo método de investigación: en lugar de perder el tiempo indagando en los archivos, es mucho más productivo para los investigadores pasar una tarde de cine. En este punto, curiosamente Pepe Gutiérrez se abstiene de citar la película *Misión en Moscú* (Michael Curtiz, 1943) realizada a partir de las memorias del embajador norteamericano Joseph Davies en la URSS entre 1936 y 1938, quien tuvo oportunidad de asistir, junto con numerosos diplomáticos y embajadores extranjeros, a los juicios contra algunos de los “viejos bolcheviques” convertidos en opositores. La gran mayoría de extranjeros, muchos de ellos abogados, confirmaron la veracidad de las confesiones de los acusados y la verosimilitud de las acusaciones de traición y espionaje que pesaban sobre los antiguos héroes de la revolución. La visión del embajador Davies, que viajó por todo el país libremente, y que trató de formarse una opinión propia sin prejuicios, derriba muchos mitos. ¿Por qué este importantísimo testimonio es silenciado por Pepe Gutiérrez?

Merece comentario aparte la actitud de los escritores comprometidos: es cierto que muchos asumieron de forma acrítica la versión del XX Congreso del PCUS de 1956 promovida por Jruschov, otros lo siguieron precisamente por el gran prestigio que tenía el PCUS entre las masas de todo el mundo, incluyendo los sectores intelectuales progresistas. Pero que hayan seguido este camino y que hayan repudiado su anterior adhesión es algo de lo que no debe culpase demasiado a estos escritores, ya que muchos de ellos procedían de la pequeña y mediana burguesía o de la aristocracia. La simpatía política no proviene muchas veces de un análisis profundo, sino de convicciones y esperanzas, de rechazo instintivo a lo existente, de seguimiento ciego, cuando no de apuntarse a la última moda o de subirse al carro que parecía vencedor. Esas motivaciones movilizaron a una gran cantidad de escritores cosmopolitas, que vieron tambalear sus identidades sociales y culturales en un mundo que surgió de la Primera Guerra Mundial y estaba al borde de precipitarse en el abismo de la segunda guerra. Como explicó el excomunista Arthur Koestler para autojustificarse años más tarde en tono de arrepentimiento, la motivación de muchos escritores para apoyar a Stalin fue la intuición de que la URSS era el único país que podía detener a la amenaza fascista:

«Los comunistas, apoyados por la poderosa Unión Soviética, parecían la única fuerza capaz de resistir la avalancha de las hordas primitivas con su esvástica-tótem»³⁹.

Una vez el nazismo fue aplastado por la URSS, el capitalismo resucitó y muchos escritores y artistas pudieron respirar aliviados, retornando nuevamente en la sociedad a la que ellos siempre habían considerado la suya, avergonzados por sus anteriores opiniones políticas escogiendo el bando occidental durante la guerra fría. Atrás quedan las torturas por su culpabilidad de clase en los dramas del primer tercio del siglo XX, dramas que les habían empujado a alinearse con el antifascismo y el socialismo. Ni hay que idealizar sus opiniones, ni hay que excesivamente duro con ellos teniendo en cuenta su procedencia de clase y sus posibilidades de promoción profesional.

El desprecio por la seriedad es manifiesto cuando se descartan obras documentadas y rigurosas con expresiones tales como «se citan autores que no son los de la casa (como Ludo Martens cuyos trabajos son ya muy lejanos)». Es decir, las novelas de ficción de Orwell *Rebelión en la granja* (escrita en 1943) y *1984* (escrita en 1948) -¡hace más de medio siglo!- para Pepe Gutiérrez son obras científicas de actualidad, mientras que la obra histórica *Otra visión de Stalin* de Ludo Martens, publicada en 1994 y apoyada en documentación reciente, según Pepe Gutiérrez «es un trabajo muy lejano». Curiosa vara de medir la de Pepe Gutiérrez. ¿Será que los conceptos de tiempo y de espacio están invertidos en el universo orwelliano?

Los disidentes del modelo orwelliano, “olvidados” por Pepe Gutiérrez

Si muchos escritores renegaron a las primeras de cambio, alertados por su instinto de clase y su pertenencia a la cultura occidental, otros no dudaron en continuar su combate por sus ideales sin abandonar sus convicciones, a pesar de que algunos manifestaran sus dudas y vacilaciones políticas, como es natural, en un momento u otro. Son los “olvidados” por Pepe Gutiérrez: Miguel Hernández, Henri Barbusse, Nicolás Guillén, Antonio Machado, Pablo Neruda Rafael Alberti, Louis Aragon, Nazim Hikmet, Roque Dalton, Berthold Brecht, Dashiell Hammett y tantos otros relegados al olvido por la apisonadora intelectual del pensamiento único orwelliano. Pero si Pepe Gutiérrez necesita intelectuales desencantados, puede tomar el paradigma de “disidente antiestalinista”, el famoso

³⁹ Cit. por Sophie Coeuré: *La “double frontière” dans le repertoire de l’anticommunisme*. En **Frontières du communisme** Sophie Coeuré et Sabine Dullin (ed). Editions La Découverte, Paris 2007, p.54.

matemático y sociólogo Alexander Zinoviev (fallecido en 2006), que vivió en occidente a cuenta de escribir libros antisoviéticos:

«Desde la infancia fui antiestalinista, fui miembro de un grupo terrorista dispuesto a matar a Stalin, fui arrestado, etc., etc. Hasta la muerte de Stalin fui antiestalinista e hice propaganda antiestalinista clandestina. Pero después, con los años, en especial después de la muerte de Stalin, estudié esta época y llegué a la conclusión de que Stalin es, según mi punto de vista, el político más importante del siglo XX, y puede que uno de los más importantes de todo el milenio. Todo lo que fue hecho por él, en mi opinión, demuestra que como político fue más importante que Lenin. Es necesario tener en cuenta las condiciones históricas en las que vivía Rusia: guerras interminables, pobreza, desórdenes, difíciles condiciones climáticas, el material humano (nadie quiere tener en cuenta el material humano). (...) Con este material humano, fundar un Estado tan fuerte, la segunda superpotencia en el planeta, es un caso único en la historia. Hitler también llevó adelante un gran asunto, también fue un político colosal, pero fue un criminal. Ser un genio no significa ser al mismo tiempo una buena persona. Napoleón también fue un genio, pero también un criminal. Stalin, como hombre político, se encuentra por encima de ellos y a mucha distancia. La historia soviética, aún siendo muy corta, ha jugado un papel fundamental en la historia de la humanidad. Gracias a la URSS fue derrotado el fascismo, el nacional-socialismo alemán, el militarismo japonés. Sin la URSS esto hubiese sido imposible. Si no hubiese existido la URSS, los alemanes, de manera natural, podrían haberse convertido en los dueños de la situación en el planeta para largo tiempo (...). No se puede infravalorar ahora el protagonismo de Stalin. En la propaganda contemporánea occidental se dedican a menospreciar la figura de Stalin. Lo resumen todo en las represiones. Pero, en primer lugar, las represiones, en lo fundamental, estuvieron justificadas, tenían sus causas; segundo, aquello fue un fenómeno secundario en la historia soviética real. Yo viví todo este periodo, y para nosotros eso se encontraba en la periferia de nuestra vida, era secundario, no era eso lo que determinaba nuestra vida, sino la creación positiva que abarcó a un gran pueblo, y prácticamente a todo el planeta»⁴⁰.

Estas son las palabras de un renombrado intelectual que nunca se consideró a sí mismo comunista ni “estalinista”, y que escribió una gran cantidad de libros muy críticos con el sistema soviético. Representan un balance realizado desde una perspectiva histórica, alejadas de la novelesca visión orwelliana. ¿Por qué Pepe Gutiérrez ignora sistemáticamente estos testimonios?

9. Orwell, tendiendo puentes entre dos extremos

¿Quién reivindica a Orwell en la actualidad? Indudablemente un gran número de lectores que han recibido en dosis adecuadas el mito del “escritor honesto”, armado de idealismo y moral a toda prueba; popes mediáticos o intelectuales neoliberales o de extrema derecha fabricantes de ideología; intelectuales “independientes”, escritores y universitarios, generalmente situados en el ámbito de la izquierda o centro-izquierda; y, finalmente, algunos militantes de la ultrazquierda anticomunista cuyas opiniones, frecuentemente, suelen converger con algunas opiniones de la intelectualidad neoliberal y reaccionaria. El icono de Orwell es adorado a la vez por los anticomunistas de izquierda –como los anarquistas españoles, Pepe Gutiérrez, la Fundación Andreu Nin- y por los intelectuales ultras y neoconservadores norteamericanos y europeos. En nuestro país, éstos últimos están representados por medios como Libertad Digital, donde escriben entre otros los ultras -y también orwellianos- Federico Jiménez Losantos, César Vidal o Pío Moa. En esta publicación, al lado de un artículo muy elogioso⁴¹ de Carlos Semprún Maura sobre Orwell, podemos acceder a otro del profranquista Pío Moa sobre la correspondiente “denuncia” del papel de los comunistas y de Stalin en la guerra civil española.

¿Constituye una aberración intelectual relacionar el pensamiento de Orwell con la extrema derecha? Precisamente hay evidencias sustanciales para afirmar esta conexión. El 21 de marzo de 1940, Orwell había escrito en las páginas del periódico *New English Weekly*:

«Me gustaría recordar que nunca he sido capaz de tener aversión a Hitler. Después de que subió al poder (...) he reflejado que seguramente lo mataría si pudiera ponerme a su alcance, pero no podría sentir ninguna animosidad personal hacia él. El hecho es que hay algo profundamente atractivo sobre él»⁴².

Estas ambigüedades respecto a Hitler forman parte de la naturaleza profundamente conservadora del pensamiento orwelliano, que trató de ocultar a través de sus novelas y artículos con temáticas sociales o de izquierda. Pero finalmente, la genética siguió su curso y las verdaderas concepciones de Orwell, durante la guerra mundial, brotaron de su mente con la fuerza de una erupción volcánica. Su propio entorno certificó sus posturas reaccionarias y sin principios. El escritor anarquista George Woodcock, amigo de Orwell, escribió sarcásticamente en 1942 sobre él en unos términos que no dejan lugar a dudas de su doble moral y su inconsistencia política:

⁴⁰ http://ddooss.org/articulos/entrevistas/Alexnadr_Alexandrovich_Zinoviev.htm

⁴¹ Carlos Semprún Maura: *George Orwell, cien años de libertad*. <http://revista.libertaddigital.com/articulo.php/1275760756>

⁴² <http://query.nytimes.com/gst/fullpage.html?res=9C04E0D81739F931A15755C0A962948260>

«Camarada Orwell, ex oficial de policía del imperialismo británico... Camarada Orwell, ex-compañero de viaje de los pacifistas... ¡[a los cuales] ataca ahora!... Camarada Orwell, ex miembro de la extrema izquierda... Defensor de los anarquistas... Y ahora el camarada Orwell, regresa a sus lealtades imperialistas y trabaja en la BBC»⁴³.

Rob Breton, profesor de la University of British Columbia, en un artículo que lleva el revelador título de *George Orwell y la culpa liberal* ha señalado al liberalismo y a las tradiciones burguesas como las influencias más arraigadas en Orwell, y ha remarcado que éste dirigió sus críticas de forma abrumadora contra los escritores e intelectuales de izquierdas -a los que atacó de forma visceral- antes que contra los intelectuales de derechas o reaccionarios, con los que fue mucho más condescendiente⁴⁴. En 1941, por ejemplo, Orwell acusaba a los intelectuales de izquierdas de ser pro-nazis: «En el plazo de un año es probable que tenga lugar entre la intelectualidad de izquierdas una reacción prohitleriana»⁴⁵.

Y el escritor Raymond Williams, a pesar de que simpatizó con Orwell, puso de relieve el gran potencial desmovilizador y derrotista del escritor, que se esforzó por crear una imagen social dominada por la absoluta desesperación y la apatía, sin ofrecer salidas a los horribles dramas a los que sometía a sus personajes, sin ofrecer soluciones a los problemas planteados, y por lo tanto con un mensaje claramente reaccionario:

«Orwell preparó las convicciones políticas ortodoxas de toda una generación... Al considerar que la lucha sólo se libraba entre unas pocas personas por encima de las cabezas de una masa apática, Orwell creó las condiciones para la derrota y la desesperación»⁴⁶.

Desde su puesto de articulista en el periódico *Tribune*, Orwell llegó a defender en 1944 el bombardeo masivo de ciudades y, para condicionar a las posibles opiniones contrarios a este tipo de métodos, minimizó las víctimas civiles inocentes, calificando como «propaganda» las informaciones de niños muertos por las bombas:

«¿Por qué es peor matar a civiles que a soldados? Obviamente no hay que matar a niños si es en modo alguno evitable, pero sólo en los folletos de propaganda cada bomba que cae lo hace en una escuela o un orfanato. Una bomba mata a una muestra representativa de la población, pero no exactamente una selección representativa, porque los niños y las mujeres embarazadas suelen ser los primeros en ser evacuados, y algunos jóvenes van al ejército. Probablemente, un número desproporcionadamente grande de víctimas de la bomba será de mediana edad»⁴⁷.

Christopher Hitchens es una de las evidencias de que Orwell es el puente que permite la circulación – normalmente en un único sentido– entre la extrema izquierda anticomunista y la extrema derecha neoliberal (y anticomunista). Hitchens está considerado uno de los intelectuales británicos actuales más influyentes, evidentemente de la «izquierda antiestalinista». A pesar de declararse marxista, como expresó recientemente en una entrevista, ha encontrado a sus enemigos en el mismo lugar que la extrema derecha norteamericana. Así, no ha dudado en apoyar la guerra contra Irak⁴⁸ (repetiendo el apoyo que prestó a la OTAN en 1999 cuando defendió los criminales bombardeos contra Yugoslavia por su “carácter humanitario”⁴⁹) o en atacar visceralmente a los que, desde posiciones progresistas, han puesto de manifiesto los problemas más descarnados de la sociedad norteamericana y de su gobierno, como el cineasta Michael Moore⁵⁰. En su libro sobre Orwell⁵¹, Hitchens arremete violentamente contra los intelectuales de izquierda que han criticado a su admirado escritor, ejerciendo el papel de sumo sacerdote de la ortodoxia orwelliana. En una curiosa coincidencia con Pepe Gutiérrez, Hitchens considera que la mayor aportación y la validez actual de la obra de Orwell es la lucha contra el «estalinismo» y los «regímenes estalinistas», palabra que se ha convertido en una de las principales estafas intelectuales, empleada indistintamente por la intelectualidad reaccionaria y por los orwellianos de izquierdas. Todo ello no tiene nada de extraño ya que normalmente los admiradores de Orwell surgidos de la izquierda son verdaderos *hooligans* orwellianos decididos a quemar en la hoguera a cualquiera que cuestione los dogmas sobre el escritor, en su particular lucha contra el fantasma del «estalinismo». Pepe Gutiérrez, siguiendo la estela de Hitchens, trata desesperadamente de equiparar la crítica a Orwell con lo que él llama «estalinismo», aprovechando la leyenda negra y la enorme carga negativa que el pensamiento único ha creado en torno a este concepto.

⁴³ Citado por Scott Lucas: *What would George do?* <http://www.newstatesman.com/200306020041>

⁴⁴ Breton, B: *Crisis? Whose crisis? George Orwell and liberal guilt.* http://findarticles.com/p/articles/mi_qa3709/is_200210/ai_n9136658/pg_10

⁴⁵ Orwell, G.: El león y el unicornio. En: *El león y el unicornio y otros ensayos*, obra cit., p.157.

⁴⁶ Williams, R.: *George Orwell*. Cit. por Hitchens, C: **La victoria de Orwell**. Editorial Planeta, Barcelona 2003, p. 53

⁴⁷ Cit. por Frank Kermode, *New York Review of Books*, 14 June 2007. <http://orwelltribune.blogspot.com>

⁴⁸ <http://www.sncweb.ch/spanisch/entrevistas/Christopher-Hitchens.htm>

⁴⁹ <http://www.greenleft.org.au/2004/587/32283>

⁵⁰ Hitchens, C.: *Las mentiras de Michael Moore*. <http://www.letraslibres.com/index.php?art=9852>

⁵¹ Hitchens, C: **La victoria de Orwell**, obra cit.

10. Lo que Orwell defendía en realidad

La evolución del pensamiento político y social de Orwell estuvo condicionada en todo momento por sus fantasmas personales: la necesidad de expiar las culpas de clase de un expolicía imperial de origen semiaristocrático, atormentado por ser un tornillo de la maquinaria colonial británica, en un mundo decrepito, que había entrado en una crisis profunda y que provocó la destrucción de los valores tradicionales entre amplios estratos intelectuales, responsables de crear y transmitir la ideología burguesa. Era el mundo que se precipitaba en el abismo a raíz de la crisis económica de 1929, del paro masivo, de la descomposición social, un mundo en el que una burguesía desesperada buscaba su salvación en los regímenes conservadores o fascistas, arrastrando a la humanidad a una nueva guerra. Frente a ese mundo emergía la Unión Soviética con unas tasas de desarrollo económico espectaculares, que servían para desarrollar un programa de derechos sociales, económicos y culturales desconocidos en el resto del mundo, limitados por la necesidad de preparar al país ante la guerra que se avecinaba. Fue la URSS del pleno empleo, de los derechos de las mujeres y de la clase obrera, de la universalidad de la educación y la sanidad, del progreso en todos los ámbitos y del triunfo de la economía planificada, la alternativa que se presentó ante los ojos de tantos intelectuales desconcertados.

¿Antiimperialismo o racismo sutil?

Hubo destacadas voces críticas de la izquierda no precisamente «estalinista» o pro-soviética, que destaparon la ideología profundamente reaccionaria que ocultaban las obras de Orwell. Estas voces, evidentemente, han carecido de la enorme difusión mediática que disfrutó Orwell y sus apologistas. Uno de los que denunció el carácter reaccionario de las ideas de Orwell fue el historiador y dirigente socialdemócrata irlandés Cruise O'Brien, quien desenmascaró su presunto antiimperialismo y desveló el racismo sutil que escondían las obras orwellianas:

«Aunque condena el imperialismo sus víctimas le disgustan todavía más... ¿Es fantástico ver en el 1984 de Orwell el reflejo del sentimiento de que un mundo en el que el estilo de vida británico anterior a 1914 ha fallecido por completo debe ser necesariamente un mundo deshumanizado? ¿Y es completamente errado percibir que los habitantes de *Rebelión en la granja* tienen puntos en común no sólo con los rusos soviéticos sino con las razas menores de Kipling de manera general?»⁵².

Efectivamente, el desprecio con que Orwell trata al pueblo ruso en *Rebelión en la granja* –un grupo de animales estúpidos incapaces de autogobernarse, que sólo merecen el peor de los destinos- jamás tuvo equivalente para pueblos como el alemán que vivían un régimen infinitamente peor que lo que pudo haber sido el soviético. Nunca dedicó Orwell una novela al nazismo, ni al fascismo, ni al maccarthismo norteamericano, ni al linchamiento de negros en el sur de EE.UU., etc. Las categorías nazis de “infrahumanos” como los judíos, gitanos, eslavos, socialistas, comunistas, y todos los demás condenados a la “solución final”, a Autswitch, al franquismo o a Mussolini, no tuvieron derecho a ninguna lágrima de Orwell. Tampoco se inmutó el portador de La Verdad por los cientos de miles de japoneses inocentes exterminados por las bombas atómicas norteamericanas.

Y es que para Orwell y los orwellianos, hay víctimas de primera clase y víctimas de tercera clase. Incluso sus posturas antiimperialistas eran muy ambiguas. Si bien parece rechazar la sociedad colonial británica, su paso como policía imperial por Birmania le dejó una desagradable impresión de los nativos birmanos, retratados en su novela *Días de Birmania* como seres que oscilan entre el servilismo hacia los británicos, capaces de las actitudes más inmorales, o bien colectivos pertenecientes a una cultura indescifrable y primitiva. Defendía formalmente la independencia de la India mientras que en la práctica se esforzaba por “demostrar” la imposibilidad de la misma utilizando los viejos tópicos paternalistas coloniales, que considera a los colonizados como pueblos inmaduros o inferiores, incapaces de autogobernarse. En 1941 escribía:

«Si la India sencillamente se “liberara”, esto es, si se viese privada de la protección militar británica, el primer resultado sería una inmediata conquista por parte de algún país extranjero; el segundo, una serie de hambrunas pavorosas, que acabarían con la vida de millones de personas en pocos años»⁵³.

El nacional-socialismo orwelliano y el mito del «partido extranjero»

Una de las obsesiones de Orwell fue la temática inspirada en el origen extranjero del movimiento comunista y la dependencia a los dictados de Rusia. Numerosas voces procedentes de diversas coordenadas ideológicas y políticas han llegado, mediante una trayectoria convergente, a una idéntica conclusión: la denuncia de los partidos comunistas como «partidos extranjeros» o «agentes a sueldo de Moscú». El «peligro rojo», combinado tras la

52 Cruise O'Brien, C.: *Orwell mira el mundo*. Cit. por Hitchens, *La victoria de Orwell*, obra cit., p. 53.

53 Orwell, G.: *El León y el unicornio*, obra cit., p.149.

victoria de las revoluciones china y vietnamita décadas más tarde por el «peligro amarillo», fueron los fantasmas con los que la prensa y los intelectuales reaccionarios agitaban a las masas preñadas de patriotismo y nacionalismo. Orwell recogería los tópicos anticomunistas y los ligaría al nacionalismo primitivo británico para crear los eslóganes occidentales clásicos de la guerra fría.

Por este motivo, el internacionalismo proclamado por los comunistas y apoyado por numerosos intelectuales era visto por Orwell como una traición. Martin Tyrrel, en la revista *Cultural Notes*⁵⁴ publicada por la Alianza Libertaria (nada sospechosa de «estalinismo»), y con un título esclarecedor –*Orwell: del anarquismo conservador al nacional-socialismo*– remarca cómo el escritor, rechazando el internacionalismo, se fue aproximando a una idea de socialismo –en escritos como *El león y el unicornio* y *El socialismo y el genio inglés*– que tomaba prestada muchas características del nacional-socialismo alemán: el supuesto nacionalismo de los obreros británicos, los ataques a los intelectuales de izquierdas que socavan los valores tradicionales, su adhesión a las clases medias, la reivindicación de que el pueblo británico es una «raza marcial», etc. Efectivamente, a partir de escritos como *El león y el unicornio* y *El socialismo y el genio inglés*, el viraje de Orwell hacia el nacionalismo británico conservador es público y defendido con pasión. Atrás quedaba el internacionalismo de sus años juveniles.

Asimismo, Orwell coincide con Hayek, profesor del London School of Economic y otro de los padres del neoconservadurismo, en denunciar el colectivismo, forma de organización social intrínseca al socialismo, como la peor de las pesadillas:

«En la parte crítica de la tesis del Profesor Hayek hay mucha verdad. Nunca basta decirlo y en cualquier caso, no se dice lo suficiente que el colectivismo es inherentemente antidemocrático; es más, le confiere a una tiránica minoría poderes más grandes que los que la Inquisición Española jamás sonó poseer»⁵⁵.

Combatir al comunismo allá donde estuviera se convirtió en una obsesión, denunciando a los comunistas como marionetas de Stalin. El mito de que los comunistas eran un «partido extranjero» y sus dirigentes estaban a sueldo de Moscú, era parte de la propaganda de la extrema derecha en todo el mundo, y Orwell hizo suyo ese mito con gran pasión, mientras la campaña anticomunista arreciaba en vísperas de la guerra mundial. El estilo de Orwell se deslizó cada vez más hacia la difamación, como podemos ver en la opinión que le merecían los comunistas franceses: en 1940, a pesar de haber votado en el Parlamento a favor de los créditos de guerra para el conflicto que se avecinaba contra Alemania, los comunistas franceses fueron ilegalizados y perseguidos y, durante la ocupación, entregados a los nazis por los políticos al servicio de la burguesía francesa:

«En abril de 1940, el socialista Sérol hará aprobar un decreto penalizando de muerte a todo autor de propaganda comunista. (...) El ocupante hitleriano aprovechará plenamente los resultados de esta represión, y muchos de los comunistas arrestados incluso antes de la ocupación le serán entregados. El 22 de octubre de 1941, 27 comunistas serán fusilados en Châteaubriant»⁵⁶.

Ese hecho no impedirá que el «decente y honesto» Orwell reproduzca los argumentos de la extrema derecha y afirme, mostrando su rostro más canallesco y difamatorio en junio de 1940, cuando las cárceles se llenaban de comunistas que serían exterminados por los ocupantes nazis, que el PCF era un instrumento dócil en manos de Hitler:

«Todo depende de resistir, como sea, hasta el invierno. Para entonces (...) pondrá a Hitler en una situación difícil. Será interesante ver, entonces, si rehabilita al Partido Comunista francés, ilegalizado, y trata de emplearlo contra la clase obrera del norte de Francia, tal como utilizó a Pétain contra la clase reaccionaria»⁵⁷.

Como sabemos, el PCF fue el alma de la Resistencia antinazi, la principal fuerza política y militar contra el fascismo y la que más sacrificios humanos realizó por la victoria, mientras que un gran amigo de Orwell y admirado por Pepe Gutiérrez, el comandante del POUM Georges Kopp, trabajaba para el régimen colaboracionista de Vichy. La difamación infame que Orwell segregaba contra los comunistas franceses no pudo impedir que fueran el partido más votado tras la guerra. Sobre ello, Orwell no escribió ni una línea que se sepa.

En 1944 Orwell recuperaba una vieja idea del fascismo que afirmaba que la República española era una especie de colonia manos de los soviéticos: «los rusos repartieron una gran cantidad de armas y a cambio obtuvieron un

⁵⁴ Tyrrel, M.: Orwell (1903-1950): **From tory anarchism to national socialism and more than half way back.** *Cultural Notes*, nº36, 1997. www.libertarian.co.uk/lapubs/cultrn/cultrn036.pdf

⁵⁵ Rebeca Permut: *1984-Entre Orwell y Hayek.* <http://www.cees.org.gt/topicos/print/topic-726.doc>

⁵⁶ http://www.urcf.net/uniondesrevolutionnairescommunistesdefrance_theorie_nospublications_1939letournantreactionnaire.htm

⁵⁷ Orwell, G.: *Diarios de Guerra.* 24 de junio de 1940. En: **Matar a un elefante y otros escritos.** Editorial Turner Publicaciones S.L., Madrid 2006, p. 41

máximo de control político». Y añadía: «Durante un año o más, el Gobierno español estuvo de hecho bajo control ruso»⁵⁸.

Orwell, cuando describía la República como una especie de «colonia rusa», no estaba inventando nada nuevo. El general fascista Queipo de Llano, en una de sus famosas emisiones radiofónicas «denunciaba» antes que Orwell, en 1938, a los dirigentes republicanos de esta forma: «lo único que quieren es sostenerse en el Poder para seguir robando y convertir a España en colonia de Moscú»⁵⁹. Y con motivo de la entrada de Franco en Madrid, Hitler envió un telegrama de felicitación en los mismos términos: «la España Nacional acaba de lograr la victoria definitiva contra el bolchevismo, ese elemento destructor de los pueblos», mientras que Mussolini proclamaba en un discurso: «el bolchevismo ha sufrido la derrota final y de igual forma terminarán todos los enemigos del fascismo»⁶⁰. El anticomunismo y la República como colonia de Moscú fueron los argumentos los que los fascistas españoles trataron de legitimar el crimen contra los pueblos de España. Orwell reprodujo los mismos argumentos, dando crédito a los sectores más reaccionarios contra la República y contra la política antifascista de la URSS, contribuyendo al fortalecimiento de un bloque anticomunista que, en última instancia, sirvió de caballo de Troya a las fuerzas más reaccionarias y al fascismo.

¿Un Orwell estalinista?

Durante los primeros años de la guerra, cuando su país y la URSS se convirtieron en aliados, y por ese motivo no era el momento conveniente para seguir desprestigiando a la República española para minar su apoyo internacional, Orwell escribió, en medio de los bombardeos nazis sobre Londres, lo que constituye una negación absoluta del espíritu de *Homenaje a Cataluña* (por supuesto, no esperemos ningún comentario de Pepe Gutiérrez sobre estas opiniones de Orwell), adoptando plenamente las tesis defendidas por los «estalinistas» españoles durante la guerra civil:

«La tesis trotskista de que se habría podido ganar la guerra [española] si la revolución no hubiera sido víctima de un sabotaje es, probablemente un desacierto y una falsedad. Nacionalizar fábricas, derruir las iglesias, lanzar manifiestos revolucionarios no habría dado más eficacia a los ejércitos»⁶¹.

Y es que cuando uno es bombardeado por los nazis como en Londres en 1940-44, se da cuenta que la revolución en medio de una guerra de agresión fascista no es muy conveniente, excepto para los países exóticos como España, donde escritores aventureros y románticos con escasa fama literaria pueden encontrar experiencias excitantes para sus libros y su promoción profesional. Cuando se trata del país propio, aunque uno sea “socialista”, lo principal ya no es hacer una revolución, sino defender la patria con eficacia militar. Es por ello que, aunque el anticomunismo ciego le llevó durante la guerra a realizar afirmaciones grotescas tales como «los informes de las victorias rusas son en gran medida falsos»⁶², las exigencias de defensa de su patria británica le hicieron olvidar momentáneamente sus odios contra su enemigo mortal, Stalin. Fue por ello que, en un programa radiofónico de la BBC en 1942, habló con amabilidad del «presidente Stalin» comentando con unas palabras muy elogiosas el discurso del dirigente soviético:

«Teniendo en cuenta las barbaridades cometidas por los alemanes en Rusia, el discurso (de Stalin) fue notable por su falta de espíritu vengativo y por la prudencia y generosidad con que supo diferenciar entre el pueblo alemán y sus dirigentes»⁶³.

¿Había descubierto Orwell las virtudes del «estalinismo»? Por supuesto que no, lo único que hizo fue dejar de lado momentáneamente, por imperativos de la guerra, su campaña antiestalinista encaminada en realidad a desprestigiar a la izquierda y a los comunistas. Los principios del «escritor honesto y decente» volvían a evaporarse en defensa de la patria hasta 1943, cuando los soviéticos arrollaban imparables al ejército nazi. Entonces Orwell volvió a recuperar sus “principios” preparando la postguerra con *Rebelión en la granja*.

La guerra atómica contra el «imperio del mal»

Tras la guerra mundial Orwell radicalizó sus opiniones reaccionarias con un desenfreno creciente y su anticomunismo cobró un carácter enfermizo. Sólo así pueden interpretarse las frías y cínicas palabras de Orwell cuando especulaba sobre la posibilidad de un ataque nuclear preventivo occidental contra la Unión Soviética: «se acabaría con el peligro particular que actualmente representa la URSS» seguido de un intento de desarmar el

⁵⁸ Orwell, G.: *A ocho años de la guerra: recuerdos españoles*. En: **Orwell periodista**, Global Rythm Press, Barcelona 2006, p.56.

⁵⁹ *ABC*, 1 de febrero de 1938, p.4.

⁶⁰ *Diario de Navarra*, 29 de marzo de 1939, p.4.

⁶¹ Orwell, G.: *Recuerdos de la guerra civil española*. En: **Matar a un elefante y otros escritos**, obra cit. p. 183.

⁶² <http://www.netcharles.com/orwell/articles/bbc-colonial-discourse.htm>

⁶³ Shelden, M.: **Orwell. Biografía autorizada**. Emecé Editores, Barcelona 1993, p. 354.

pacifismo de los ciudadanos opuestos a la guerra nuclear: «en cualquier caso, ésta es la (opción) menos probable de las tres, porque una guerra preventiva es un delito que no cometerá fácilmente un país en el que se conserve algún resto de democracia». ⁶⁴ ¡Cómo se deben de estar riendo Bush, Blair y Aznar de estas palabras!

Las opiniones de Orwell van adquiriendo un tono cada vez más apocalíptico y paranoico. En febrero de 1948 escribió de la URSS y del movimiento comunista: «tenemos ante nosotros un movimiento político mundial que amenaza la existencia misma de la civilización occidental» ⁶⁵. En octubre de 1948, explicaba comentando un libro de Louis Fischer:

«El argumento de Mr. Fischer es bastante sencillo: Rusia es un peligro para la paz mundial y hay que oponerse a ella; nosotros, los países occidentales, podemos oponernos a ella con éxito si conseguimos que nuestra democracia funcione y la manera de lograrlo es seguir las enseñanzas de Gandhi. En cuanto a las dos primeras consideraciones no admiten mucha discusión, y Mr. Fischer hace un buen trabajo al presentarlas.»

Es decir, Orwell reproduce la propaganda imperialista contra la URSS -agitando la amenaza del “peligro rojo” contra el “mundo libre”- pero deja claras sus preferencias por la vía de la agresión militar cuando insiste en decir que «los métodos políticos de Gandhi son casi irrelevantes para la situación actual» ⁶⁶ para justificar una nueva guerra.

Numerosos artículos confirman la entrada del escritor en la élite de los «luchadores por la libertad», que no tuvo ningún inconveniente en realizar un prólogo de *Rebelión en la granja* en lengua ucraniana dedicado a los exiliados, muchos de ellos colaboracionistas implicados en la matanza de miles de judíos y de ucranianos soviéticos. Como premio a su dedicación anticomunista, Orwell fue encumbrado a la gloria de la sociedad británica: en agosto de 1948, el Foreign Office británico junto con otros gobiernos occidentales organizó la primera Conferencia Internacional de la Juventud, organismo creado por los gobiernos occidentales para combatir a la Federación Mundial de la Juventud Democrática, que con su prestigio estaba consiguiendo organizar y movilizar a una amplia representación de jóvenes de los países colonizados. Orwell y otros escritores anticomunistas figuraban en la lista de invitados de dicha Conferencia, al lado de otros destacados “luchadores antiimperialistas” como él: ocho ministros británicos, miembros reaccionarios de la oposición como Churchill, Eden, Mac Millan, el arzobispo de Canterbury y toda la aristocracia londinense ⁶⁷.

La fidelidad de Orwell a la sociedad tradicional inglesa permaneció intacta incluso hasta después de su muerte. Orwell pidió en su testamento ser enterrado «según los ritos de la Iglesia de Inglaterra», en una finca propiedad de su familia. El párroco que dirigió la ceremonia era un admirador de la obra de Orwell ⁶⁸.

11. Orwell contra el «imperio del mal»

Hemos visto el contexto político internacional de guerra fría y de cruzada anticomunista que permitió que un mediocre escritor casi desconocido saltara a la fama mundial. Orwell, cuya imagen fue el prototipo de «honestidad y decencia» situado frente a los escritores de izquierdas simpatizantes con la Unión Soviética, fue más un mecanismo voluntario de la maquinaria imperialista occidental, de la misma manera que hoy supuestos intelectuales de izquierda, también «honestos y decentes» concentran su actividad fundamental en el ataque sistemático a Cuba o a otros países que no encajan en la «civilización occidental» orwelliana.

Orwell fue simplemente uno de tantos, aunque seguramente el más sobrevalorado –junto con Koestler- por su experiencia en la guerra civil española. Aunque en determinadas etapas de su vida adoptara, en una curiosa mezcla de esnobismo y de experimentación social, las formas más extremas y variopintas que parecían ser la antítesis de su clase -vagabundo errante en París, viviendo entre las capas más desarraigadas y el lumpen; pobre eventual y sin techo en Londres, minero ocasional en el norte de Inglaterra, y miliciano semitrotskista en España- le dio un barniz contestatario y una aureola de escritor anticapitalista y de izquierdas que fue muy útil cuando se desató la guerra fría y fue preciso construir una imagen de la Unión Soviética y de Stalin entre la opinión pública mundial que contrapesara el inmenso prestigio que en la posguerra tenía entre los pueblos como libertadora del fascismo y del colonialismo. Así, Orwell –como tantos otros- pasó de ser un tornillo de la maquinaria colonial británica, a ser una tuerca de la maquinaria propagandística e intelectual de los servicios de inteligencia occidentales. Scott Lucas ha puesto de manifiesto acertadamente la doble moral del escritor y su vocación de convertirse en Pontífice de la Verdad, un crítico del poder del Estado que, llegado el momento, no dudó en hacer

⁶⁴ Orwell, G.: *Hacia la unidad de Europa*. En: **Matar a un elefante y otros escritos**, obra cit., p. 377.

⁶⁵ Orwell, G.: *Marx y Rusia*. En: **Orwell periodista**, obra cit. p. 135.

⁶⁶ Orwell, G.: *La defensa de la libertad*. En: **Orwell periodista**, obra cit., pp. 378-379

⁶⁷ Kotek, J: **La Jeune Garde**. Ed. du Seuil, Paris 1998, p. 244

⁶⁸ Shelden, obra cit., p. 453.

uso de él cuando confeccionó la lista que entregó a los servicios secretos británicos, donde incluía a presuntos comunistas o a personas poco entusiastas con el Imperio:

«¿Cómo pudo haber cooperado el creador de Gran Hermano con los agentes encubiertos del Estado británico? La solución no es difícil de encontrar. A partir de *El camino a Wigan Pier* hasta el final de su vida, Orwell utilizó sus libros y ensayos para señalar y avergonzar a los sospechosos. Criticó el *establishment* pero, la mayoría de las veces, se presentó a sí mismo como el arquetipo de provocador alejado de la izquierda. Él patrulló las fronteras del socialismo como un solitario policía montado de la decencia, la voz autorizada de la disidencia para limitar la disidencia de los demás. Había recurrido a la decencia y la moral para desacreditar a los demás como indecentes e inmorales. Y ahora, después de haber advertido la fuerza del Estado, había compartido su discreta campaña con ese Estado»⁶⁹.

Ese fue Orwell: siempre con el látigo preparado para azotar a la izquierda mientras se mostraba suave con la derecha. Violentamente agresivo contra la Unión Soviética, tolerante con el régimen británico y ambiguo con Hitler. Supuesto anticolonialista que, curiosamente, hablaba sobre las futuras independencias de las colonias británicas en los peores términos. Enemigo de los internacionalistas y, en cambio, nacionalista británico de pura cepa. Presuntamente amigo de la clase obrera pero sin ningún interés, salvo brevísimos momentos, en tener una militancia o compromiso en alguna organización política obrera, a las que él denominó despectivamente en 1940 «pequeñas ortodoxias malolientes que ahora se disputan nuestras almas»⁷⁰. Y finalmente, proclive a un ataque nuclear preventivo contra el «peligro soviético». Este fue el escritor que todavía hoy, hay gente capaz de reivindicarlo como «comprometido» o de izquierdas.

12. Conclusión: el deprimente papel de los intelectuales orwellianos

El lamentable papel de los intelectuales orwellianos se condensa en una frase, atribuida al parecer a Stalin, que constituye una ácida crítica a la hipocresía intelectual desgraciadamente tan extendida: «la muerte de un hombre es una tragedia humana, la de un millón de hombres es un dato estadístico». Pepe Gutiérrez debería dejar sus actitudes maccarthistas en el armario y dedicarse a denunciar las injusticias de la sociedad en la que vivimos. Pero esto es como predicar en el desierto: Pepe Gutiérrez no parece dedicar mucha atención a lo que fueron los regímenes fascistas, ni al imperialismo norteamericano, ni siente ninguna lástima por los más de veinte millones de muertos adicionales que ha supuesto la desaparición de la URSS en 1991, que marca una tendencia hacia el colapso demográfico en los próximos años. No hablemos ya de otros problemas que los orwellianos consideran completamente irrelevantes: la espantosa tragedia de los pueblos que han regresado al “mundo libre”, las guerras imperialistas, la explotación, la amenaza de la OTAN, etc. La deserción en masa de la supuesta intelectualidad de izquierdas empieza, como siempre, atacando al «estalinismo» para desviarse de los problemas esenciales de la sociedad, como ha puesto de relieve Michael Parenti:

«La mayor parte de intelectuales de izquierda (...) están ocupados combatiendo el fantasma de Stalin que habita en las publicaciones que cuentan los “horrores” del comunismo, y llevan a cabo una batalla audaz contra las hordas imaginarias de marxistas “ortodoxos” en casa y en el extranjero, o de alguna manera, hacen brillar sus credenciales anticomunistas y refuerzan su credibilidad. Tan ocupados se encuentran en estas persecuciones que parecen relativamente indiferentes a los peligros reales que enfrentamos: la manera en que las oportunidades vitales y los derechos de millones de personas han resultado seriamente dañados»⁷¹.

De nada habrá servido esta polémica si no podemos traducirla en cuestiones que afectan a la realidad cotidiana. Y es que las posiciones políticas de los intelectuales o escritores no son simples e inofensivos ejercicios de libertad intelectual, sino que tienen repercusiones evidentes en políticas concretas, que afectan a personas de carne y hueso. En el discurso orwelliano, la URSS era la encarnación del «imperio del mal» y su desaparición abriría expectativas inmensas para el surgimiento del «verdadero socialismo» y de la «verdadera revolución» en todo el mundo. Por el contrario, la desaparición de aquel régimen, decrepito y en descomposición desde hacía tiempo a causa de la actividad de los orwellianos soviéticos, dejó paso a uno de los infiernos más horribles del siglo XX, con decenas de millones de pobres, desempleados, guerras interétnicas, caída brutal de la esperanza de vida, etc. Esto, a Pepe Gutiérrez y a los orwellianos no parece crearles ningún problema moral, puesto que lo fundamental se ha conseguido: acabar con lo que ellos llaman «estalinismo». Ésta ha sido la victoria póstuma de Orwell: la desmovilización de las masas y el derrumbe de toda alternativa.

⁶⁹ Scott Lucas: *What would George do?* <http://www.newstatesman.com/200306020041>

⁷⁰ Cit. por Meyers, J.: Orwell, la conciencia de una generación. Ediciones B, Barcelona 2002, p. 391.

⁷¹ Parenti, M.: *Aftermath of the overthrow of communism*. Citado en: Mc Laren, P. y Farahmandpur, R.: **La enseñanza contra el capitalismo global y el nuevo imperialismo**. Editorial Popular, Madrid 2006, p. 217.